

**Aplicaciones de lectura
y lectura de aplicaciones:
Sobre el libro
y otras experiencias textuales confluyentes**

*Apps to read and reading Apps:
About the book and other confluent textual experiences*

Javier Gómez Murcia

Universidad Complutense de Madrid

damonjava@gmail.com

RESUMEN

El presente artículo aborda la convivencia de los distintos soportes del libro (emergentes y clásicos) desde una perspectiva sociológica, tratando de sostener que las prácticas textuales, así como los dispositivos y las herramientas digitales al alcance de los usuarios, están propiciando una rearticulación en el libro como objeto, y en los contenidos escritos en general, que les reviste de nuevas mediaciones. Al mismo tiempo realizamos un breve repaso a algunos puntos clave en la evolución de las tecnologías empleadas para reproducir

texto y argumentamos que es precisamente en las rutinas y sentidos en constante recreación donde se dirimen los futuros del libro, por lo que no es oportuno atender simplemente a la capacidad de agencia de una determinada tecnología (como la imprenta en su día o como hoy Internet) a menos que entendamos dicha tecnología con un componente social marcado, y no sólo como un avance meramente técnico.

Es importante destacar que vivimos en un momento de aparente transición en el que se están desplegando diferentes estrategias por parte de la industria para tratar de imponer unas u otras líneas de evolución y que, de igual manera, los intentos por captar la realidad del libro por parte de las administraciones públicas pueden tener un afán performativo. Así pues, el concepto libro sufre una especie de reorganización de varias de sus facetas, donde lo conocido y lo novedoso buscan acoplarse con mayores o menores niveles de tensión.

PALABRAS CLAVE

Libro, aplicación, internet, digital, imprenta.

ABSTRACT

This paper addresses the coexistence of the different material formats of books (emerging and classical) from a sociological perspective, trying to argue that textual practices, devices and digital applications available to users are enabling a rearticulation of the book as an object, and some other written content, that surrounds them with new mediations. In addition, we make a brief review of some key points in the evolution of the technologies used to copy textual pieces and try to explain that in the recreation of shared routines and senses is where the future of the book may be establishing itself, so it is not appropriate to simply address the agency in a technology (such as the printing press before or Internet nowadays) unless we understand the technology as an contingency with a strong social component, not only as purely technical innovation.

Apparently, we live in a time of transition in which several strategies are being developed by different corporations in order to impose their own conceptions of readings and books among the others. Either way, it is not questionable that also the attempts to capture the legal condition of the book may have a performative desire. Therefore, the technological environment of the book is suffering a kind of reorganization in several locations, where new and old elements try to fit themselves within variant levels of conflict.

KEYWORDS

Book, application, internet, digital, printing.

SUMARIO

Introducción

Los debates sobre la imprenta: un precedente para abordar cambios actuales

La digitalización de las comunicaciones escritas como germen para el ebook

Tinta electrónica y dispositivos móviles, ¿continuidad o divergencia?

¿Pierde el libro su condición de unidad de lectura?

Conclusiones

Referencias

Introducción

Tras los cambios vividos en la industria del cine y de la música a lo largo de la última década, especialmente desde que Internet entró en las casas de forma generalizada, el negocio editorial parecía el próximo campo de batalla en el cual las grandes corporaciones se verían amenazadas ante la posibilidad de perder el control de una de sus mercancías más preciadas, el libro. No obstante, el paso del papel (átomos) "a los bites" no se ha producido de una forma tan implacable como algunos pronosticaron (Negroponte, 2000: pág 18) y como, aparentemente, ha ocurrido con otro tipo de productos culturales. Por el contrario, la convivencia de formatos, canales y experiencias textuales paralelas al libro impreso está viviendo una evolución un tanto particular en el presente.

A la hora de entender las circunstancias actuales, resulta básico hacer un mínimo repaso de la historia del objeto, atendiendo a su convergencia con otro tipo de tecnologías, especialmente las telecomunicaciones y la informática, hasta dar lugar a lo que hoy entendemos como el libro electrónico. A partir de ahí, es necesario identificar las diferentes líneas de evolución que encuentra el libro para manifestarse (en sus funciones y sus utilidades habituales) a lo largo de un contexto tecnológico cambiante. Nuestro propósito es argumentar que en el germen de la convergencia entre el libro y las comunicaciones digitales encontramos muchas de las derivas más interesantes de cuantas está tomando la cultura escrita y sus formas de producción, circulación y recepción.

Normalmente se suele sostener, tanto por parte de los detractores como de los adeptos, que los nuevos formatos digitales serán capaces de incorporar audio y vídeo a la constitución de las narrativas, favoreciendo la existencia de nuevos géneros y convirtiendo el libro tradicional en algo "multisensorial". Tomando prestada la terminología de Umberto Eco (2006), los apocalípticos sostienen que el exceso de imágenes, al contrario que la palabra, atrofia la capacidad de abstracción, favoreciendo un lenguaje más perceptivo y superficial (Sartori, 2005). El cambio, por tanto, terminará lastrando la adquisición de ciertas capacidades humanas esenciales en futuras generaciones. Sin embargo, el desarrollo de las tecnologías digitales no ha supuesto nada similar a una desaparición de los entornos textuales, sino que la palabra escrita conserva todo su peso y es capaz de convivir con elementos audiovisuales de manera espontánea. Al tiempo, los libros mantienen sus formas tradicionales en la mayoría de la ocasiones, siendo traducciones del mismo contenido a so-

portes digitales, aunque en la práctica se entretrejen con otros textos y utilidades alojadas en los mismos dispositivos de lectura.

La materialidad del libro hasta la fecha está sujeta a unas convenciones y a unos hábitos que son difíciles de borrar por completo: la combinación de tinta impresa en papel encuadernado en forma de códice, lleva siglos siendo la norma y, a nuestros ojos, la adopción de los nuevos formatos resulta un salto ciertamente arriesgado, quizá no apto para nostálgicos. No obstante, la difusión de los soportes digitales renueva y hace converger determinadas prácticas muy vinculadas al mundo del libro.

Los debates sobre la imprenta: un precedente para abordar cambios actuales

Uno de los debates más álgidos dentro de la academia, con el libro como protagonista, lo libraron en su día Adrian Johns y Elizabeth Eisenstein y puede servir de ejemplo para abordar con precedentes la batalla dialéctica que hoy de nuevo mantienen otras dos posiciones enfrentadas entre sí. Ciertamente es que la postura de Johns es bastante más sofisticada y compleja de lo que muchos defensores a ultranza del libro impreso propugnan hoy en día, sin embargo, el origen de la discordia, un cambio en las formas de reproducción de los contenidos escritos, se convierte en el principio de sendas pugnas intelectuales, con bastantes puntos de encuentro.

Según defiende Elizabeth Eisenstein (1994 y 2011), cuando Gutenberg combina la prensa para hacer vino con una máquina para fundir tipos normalizados, consiguiendo fabricar la primera imprenta, a la larga estaba partiendo la historia de la humanidad en dos. Una primera parte en la que el conocimiento se basaba en la oralidad, la repetición dogmática de unos pocos textos y otra que propició el desarrollo de la modernidad, el humanismo y la ciencia tal y como hoy los conocemos; gracias no tanto a la creación de nuevos textos como a la facilidad de acceso a los ya existentes. El resultado es que la lectura se volvió escéptica y acumulativa, al poder comparar unas obras con otras, de tal modo que "los sabios ya no fueron propensos a absorberse en un único texto" (1994: pág. 52) y al mismo tiempo sirvió de base para la concepción moderna de la autoría, al crear una diferenciación más o menos clara entre "copiar y componer" (1994: pág. 91)

Las claves del cambio, según Eisenstein, las encontraremos en dos cualidades elementales que la imprenta introduce en la reproducción de los textos: por un lado, la velocidad y la facilidad para generar copias de una obra dada. A diferencia de lo que ocurría en épocas anteriores, cuando cada ejemplar se escribía a mano y a lo sumo podían reproducirse tres

páginas al día, la invención de Gutenberg permite agilizar la producción y, como ya hemos comentado, ampliar exponencialmente el alcance y el acceso de las obras. Por otro lado, la estandarización de los textos, según argumenta la historiadora, comienza a permitir que todos los lectores manejen copias idénticas de los libros, en lugar de las diferentes versiones a las que daban lugar la reproducción manuscrita, puesto que los monjes copistas a menudo modificaban el contenido de los textos guiados por su propio criterio.

En este sentido, la imagen que Eisenstein presenta de la imprenta es la de una tecnología capaz de generar una revolución cultural al transformar las fórmulas y los procesos de conocimiento y la difusión de las ideas. Sin embargo, es precisamente en esa supuesta cualidad "revolucionaria" intrínseca donde los otros autores concentrarán sus críticas a la exposición de la autora estadounidense. Por ejemplo, Assa Briggs y Peter Burke, creen que la dimensión temporal juega una baza importante a la hora de impedir definir el curso de los acontecimientos como los propios de una revolución: "Los cambios que ella esboza tuvieron lugar en un periodo de por lo menos tres siglos (...) Si una revolución no es rápida, ¿es en verdad una revolución?" (2002: pág. 34).

La réplica más dura a las ideas de Eisenstein, no obstante, llegaría de la mano de Adrian Johns (2002) quien cuestionó, por un lado, la idea de estandarización provocada por la imprenta al alegar que la piratería, las imitaciones y las malas traducciones eran más una norma que una excepción en el ámbito editorial que empezó a cuajar tras la difusión de los tipos móviles de Gutenberg, de tal modo que el público lector no siempre confiaba en los textos, ya que ciertas copias presentaban con frecuencia pasajes muy dispares a otras. La piratería, al igual que la propia imprenta, en palabras de Johns, "tuvo consecuencias epistémicas y económicas: afectó a la estructura del conocimiento" (en Finkelstein y McCleery, 2002, pág. 68). Por otro lado, la estandarización de los textos no supone directamente la uniformidad en la recepción de los mismos: "las culturas locales crean sus propios significados con y para los diferentes objetos" (Ibid: pág. 67).

De igual manera, Johns critica a Eisenstein el haber construido un relato "rodado" y sin ningún tipo de discontinuidad en los hechos, siempre basándose en los trabajos de intelectuales modernos y no en las obras de la época que pretende reflejar y analizar. Desde nuestro punto de vista, Carla Hesse (en Nunberg, 1996: pág. 21) realizará una apostilla clave al respecto, que se concreta en las siguientes palabras:

Los rasgos característicos de lo que conocemos como cultura impresa -estabilización de la cultura escrita en un sistema de textos de autor, la noción de autor como creador, el libro como propiedad, el lector como público selectivo- no fueron inevitables consecuencias

históricas de la invención de la imprenta, sino el resultado acumulativo de elecciones sociales y políticas.

Estos reproches a la visión secuencial de la historia que emplea Eisenstein son un clásico del enfoque constructivista en la Sociología de la Ciencia y la Tecnología. La linealidad explicativa se impone en muchas ocasiones para tratar de mostrar que los acontecimientos sólo podían desarrollarse en una dirección, sin embargo, los trabajos más lúcidos de esta rama del conocimiento sociológico a menudo nos remiten a las disputas en las cuales una propuesta, idea o modelo se impone sobre los demás no siempre por representar la excelencia técnica, sino por conseguir más peso y apoyo en términos "sociales".

Bruno Latour, Michel Callon, John Law y otros teóricos de la ANT (Actor-Network Theory o Teoría Actor-Red) hablarán de la traducción o estabilización de redes con capacidad agencia, mientras que Pinch y Bijker lo harán de las controversias y la imposición de determinados de grupos relevantes sobre otros desde un enfoque constructivista. Sin embargo, ambos frentes rechazarían de pleno la idea de que la imprenta es capaz, por sí sola, de convertirse en un agente de cambio social independientemente de los procesos de estabilización, los discursos, los conflictos o las dinámicas bajo las cuales se despliega su adopción en contextos concretos. La gran diferencia entre uno y otro paradigma es que donde los primeros hablan de "lo social" como ámbito determinante, aplican el principio de la simetría generalizada, incluyendo a un conglomerado de actores humanos y no humanos, mientras que los segundos a menudo contemplan la agencia sólo en el círculo de los grupos humanos relevantes.

Tal división de esferas, y la relación causal asumida, es clave para entender gran parte de la disputa de nuestros días en torno a la difusión del libro electrónico, ya que de forma esquemática o equivalente, creemos, viene a representar una prolongación de la tradicional división entre dos ramas del conocimiento que a menudo se presentan incluso enfrentadas: la rama cultural / humanista y la científica / técnica. Sin contemplar lo intrincado de la relación entre ambas dimensiones es sencillo caer en una trampa determinista por la cual, normalmente, se suele argumentar que los avances tecnológicos funcionan bajo una lógica autónoma y tienen el poder de golpear los cimientos de la sociedad para transformarla en sus estructuras más básicas. Así, retomando viejos debates, sería fácil sostener que una tecnología como la imprenta llega para dinamitar las costumbres sociales de la época en que irrumpe.

El amplio alcance de Internet y las tecnologías digitales a crecientes capas de la población vuelve a poner sobre la mesa el mismo debate que se dio hace algunas décadas, aunque

en esta ocasión tenemos la oportunidad de vivir los acontecimientos en disputa desde dentro. Hoy en día, la posición determinista de Nicholas Negroponte (2000) choca con la resistencia de un sector aferrado a las virtudes atribuidas al libro impreso, un objeto capaz de encarnar, según determinados discursos, valores fundamentales (como los de democracia, libertad, conocimiento, auto-realización, etc.) y en el cual es complicado encontrar algún tipo de rastro tecnológico, dada la tremenda familiaridad alcanzada tras varios siglos con una apariencia física muy similar.

Según desde donde argumentemos, el libro electrónico se presenta, pues, como amenaza para el tejido social o como esperanza para la universalización en el acceso y avance capaz de poner remedio a las carencias de la edición tradicional. Llegados a este punto, creemos necesario resaltar algunas de sus cualidades más elementales de hoy en día, así como de la trayectoria que viene describiendo hasta este preciso momento.

La digitalización de la comunicaciones escritas como germen para el ebook

Según nos cuenta Terje Hillesund (2007), la digitalización del lenguaje escrito arranca en el sector de las telecomunicaciones mucho antes de la aparición de las primeras computadoras. Comenzó con el telégrafo. El código Morse (1835) y el código Baudot (1874) son los primeros sistemas alfabéticos empleados digitalmente, y ambos pueden considerarse predecesores del código ASCII, el cual llegaría a convertirse en un sistema de codificación de caracteres protagonista dentro del ámbito computacional, factor al que también ayudó la introducción del teclado (como método de *input* principal sustituyendo a las tarjetas perforadas), de los procesadores de texto y de la programación basada en líneas de comando. Este código diseñado para las comunicaciones escritas sirvió de soporte técnico para la existencia del primer libro electrónico.

A Michael Hart se le atribuye comúnmente la factura del primer libro en formato digital en 1971, cuando transcribió la *Declaración de Independencia de los Estados Unidos*, letra a letra, en un ordenador y envió un correo electrónico a sus contactos explicando cómo descargarlo. De este modo Internet también cumple un papel fundamental en la génesis del *ebook*. No obstante, el Proyecto Gutenberg de Hart acabó despegando tras asociarse con otro programador, Mark Zinzow, y gracias a la inestimable colaboración de voluntarios que se encargaron de revisar y corregir los textos de aquellas lecturas que seleccionaban por interés personal (de nuevo, una red trabajando de forma más o menos coordinada). Hasta 1989 los libros se generan tecleando, a partir de entonces comienza a utilizarse un escáner y un

software de reconocimiento óptico, tecnologías que han ido mejorando con el paso de los años y que hoy permiten digitalizar texto de manera mucho más veloz y eficiente.

Con el tiempo, se irán creando más iniciativas para digitalizar libros, con mayor o menor grado de organización. Desde la corporativas como 'Google Books' a las públicas como 'Open Content Allianz' o 'Europeana'. No obstante, al menos en España hasta el día de hoy, una gran parte de los libros que acaban siendo leídos y distribuidos a nivel masivo a través de las redes y del préstamo personal son copias creadas inicialmente por escaneadores anónimos en cuya confección y distribución trabajan de forma desinteresada usuarios que suman sus esfuerzos para enriquecer el producto final. No es una cuestión sobre la que dispongamos de muchos datos, sin embargo, los pocos estudios realizados hasta la fecha sugieren que “los piratas de libros electrónicos”, lejos de la imagen de personas que buscan “destruir” la cultura, son amantes de la lectura, compran un número de ejemplares físicos bastante por encima de la media y trabajan movidos por el afán de contribuir a la difusión de aquellas obras por las que sienten devoción.

Uno de esos escasos ejemplos sobre los usuarios que se dedican a subir libros a Internet lo encontramos en el informe preparado por Mathias Daval y Rémi Douine para el observatorio del libro de Île-de-France y además de especificar que estas personas suelen invertir en libros entre doscientos cincuenta y trescientos euros al año, lo más interesante es que, de nuevo, la autoría en la práctica queda bastante dispersa ya que a la gente que escanea y sube los contenidos se les unen los usuarios que corrigen y mejoran las copias escaneadas, maquetan, integran metadatos, generan formatos diferentes y redistribuyen. Como ocurre con el Proyecto Gutenberg, para que los títulos comiencen a circular generalizadamente en formato electrónico es necesaria la intervención de una red de lectores que, de modo mayoritariamente altruista, trabajan para poner los textos al servicio de los demás en las mejores condiciones posibles.

Del lado de los soportes, es importante destacar que la primera generación de híbridos entre el ordenador y el libro de papel comienza a ver la luz a partir del año 1998 con modelos como el 'Rock ebook', el 'SoftBook' o el 'Cytale'. Esta tentativa inicial merece cierta atención puesto que exhibe algunos de los problemas técnicos más tarde solventados por Sony o por Amazon en la siguiente generación. Por ejemplo, eran aparatos muy pesados, con paneles LCD (similar al de los ordenadores) y cada uno funcionaba únicamente con copias de su formato propietario. El desarrollo de la tecnología de tinta electrónica supone un salto evolutivo fundamental para este tipo de soportes. En él, cobran especial importancia un prototipo diseñado por la compañía Xerox (Gyricon) y, posteriormente, el Instituto Tecnológico de Massachusetts, donde se empieza a trabajar por primera vez con esferas rellenas

de partículas de titanio blancas y negras. En cuanto a los formatos, a día de hoy existen dos especialmente eficientes considerando los caminos que está tomando el libro electrónico: Mobipocket y ePub. El primero pertenece a Amazon, mientras que el segundo está basado en tres estándares abiertos, y consensuado en el 'International Digital Publishing Forum'. Podemos afirmar que este ePub es lo más parecido que hay en el mercado a un formato estándar.

Tampoco conviene olvidar que a la estabilización del término libro ebook / libro electrónico le ha acompañado desde muy temprano una suerte de confusión entre soporte y contenido, de hecho, la compatibilidad entre ambos es algo esencial para que el libro pueda entrar en escena. Lo que antes se presentaba en un objeto aparentemente unitario, ahora se mueve de un dispositivo a otro, por lo que es más difícil seguir los vínculos afectivos y el apego que anteriormente se le tenían al objeto físico. Aquí entraban en juego cuestiones que resultan no sólo del contenido del libro sino también de su soporte material, el cual encierra en sí otras historias particulares. Por ejemplo, fue un regalo, tiene una dedicatoria del autor, páginas subrayados, o las hojas arrugadas fruto de un accidente con un vaso de agua que se vertió sobre él. Incluso el hecho de ir construyendo una colección de libros, que exponer orgulloso en las estanterías debe actualizarse. Lo que antes costaba toda una vida conseguir, ahora se puede obtener de Internet en un tarde o incluso recibirlo en la memoria externa que algún amigo nos presta.

En este sentido, los afectos hacia lo material necesitan revisarse como parte de la historia (implantación). En cuanto al soporte, Amparo Lasén (2006) nos ha hablado de la nueva relevancia que cobran algunos dispositivos (por ejemplo, los teléfonos móviles) en nuestros días, como compañero cercano, punto de encuentro, mediador de emociones y comunicaciones cotidianas. En cuanto al contenido, las historias que encierra un libro se mezclan comúnmente con las historias que vivimos al leerlo, nos recuerdan épocas, personas, o circunstancias concretas de nuestra vida. Quizá el contenido y el soporte sigan caminos distintos (quizá no) pero no por ello pierden su cuota de afectividad.

Tinta electrónica y dispositivos móviles, ¿continuidad o divergencia?

Un libro en formato digital puede ser leído en una buena variedad de dispositivos: ordenador de sobremesa, portátil, netbook, lector de tinta electrónica, tablet, teléfono móvil. No obstante, quizá sean los aparatos de tinta electrónica y las tablets (dada su mayor similitud con el código en términos de tamaño y manejabilidad) los más habitualmente empleados

para la lectura prolongada. Aunque en su forma, dimensiones o incluso en su carácter táctil puedan llegar a ser parecidos, cada aparato tiene unas implicaciones propias de cara a la práctica de la lectura. Ciertamente, la mayoría de libros electrónicos, por el momento, son una traducción bastante fiel del impreso, es decir, títulos que se venden tanto en uno como en otro formato o del cual los usuarios han realizado una conversión no oficial: blanco sobre negro y alguna que otra imagen en un momento puntual. La apuesta de cada modelo tiene más que ver con aquellas otras tareas posibles desde el mismo artefacto.

Como señalamos previamente, unos años antes hubo una primera oleada frustrada pero los dispositivos de tinta electrónica empezaron a despegar sólidamente en el 2007 de la mano de Sony y Amazon, y hasta el 2010 su propuesta iba a ser considerada la evolución "natural" del libro impreso. Los modelos de tinta electrónica incorporaban una pantalla capaz de recrear con bastante fidelidad la experiencia visual de la tinta y el papel. Se trata de equipos con conexión a Internet y la posibilidad de llevar a cabo tareas como la navegación o la reproducción de música pero a un nivel muy básico, dado que una de las peculiaridades de esta tecnología desde el momento inicial es la baja tasa de refresco de sus pantallas. De cualquier forma, ese rasgo no era (ni es) importante, ya que son aparatos especializados para desarrollar una tarea muy concreta, la lectura, la cual debe llevarse a cabo con un mínimo de concentración; y todo aquello que la distraiga no es sino un inconveniente.

Sin embargo, en 2010 Apple presenta su iPad, un dispositivo que sirve para todo en general y para nada en concreto. Se trata de una especie de ordenador táctil, sin teclado físico nativo, con pantalla retroiluminada y el sistema operativo ligero de un teléfono. En el evento de su puesta de largo, un orgulloso Steve Jobs sale a la palestra y explica que las páginas de los libros se podrán volver a pasar deslizando con el dedo tal y como se hacía en el soporte papel. Obviamente, esta metáfora busca la traslación de un gesto físico a una simulación digital y, aún así, el gurú de Apple, convertido en icono de nuestros días tras su muerte, convence a muchos usuarios con el empujón de la gran mayoría de los medios.

Jobs trazaría un curioso planteamiento retórico en una entrevista en la cual, basándose en el éxito comercial de los teléfonos y las tabletas de su compañía, aventurará la llegada de una era Post-PC bajo la cual la informática se vuelve más intuitiva; y el hardware, el software y las aplicaciones empiezan a funcionar de forma orgánica y transparente. Este discurso entronca con la idea de Stephenson, quien sostiene que Apple parece querer convertir la computación en un "electrodoméstico" (1999: pág. 25). La introducción del término "era Post-PC", a su vez, puede invitar a cuestionarnos la superación del otro elemento en nuestro análisis: ¿existe una era Post-libro? Como señalan Lass y Urry, la conversión de

bienes materiales en bienes informacionales caracteriza a muchas áreas del sistema capitalista actual, sin embargo, no podemos ser categóricos en ninguno de los dos sentidos: tanto el libro en papel como el PC se resisten a caer y continúan mostrando valía en un entorno marcado por una aparente fugacidad, precisamente por añadir un poco del ingrediente opuesto.

Mientras el PC cobró importancia el concepto de programa, un sistema de lógica más o menos cerrada que permitía realizar trabajos de carácter "pesado", la aplicación emerge como construcción liviana orientada a la acción en un momento puntual e integrada a su vez en una red de aplicaciones cuyas utilidades se solapan o complementan, aunque su valor en términos profesionales productivos no está asentado aún. Por el contrario, mientras que el texto electrónico se mueve en forma de flujo y es editable, el texto impreso tiene la cualidad de mantenerse casi siempre inmutable (dejando a un lado, por supuesto, la cuestión semiótica y remitiéndonos a aspectos meramente tangibles), además, muestra una mayor dificultad para copiarse o rastrearse.

La evolución de los dos modelos, el de la tinta electrónica y el de la tablet (y por extensión el teléfono móvil), van a dar lugar a dos variantes de la lectura muy diferentes, a pesar de que a ambos se les pueda contraponer el libro en papel. La tinta electrónica guarda un parecido mucho mayor con algunos conceptos básicos de la cultura lectora formada en torno al libro tradicional, sobre todo por el hecho de facilitar una actividad sabiendo que requiere un importante nivel de concentración; sin embargo, las tabletas y los móviles, además de abrir las puertas a ciertas promesas futuristas, donde el texto se puede combinar con elementos audiovisuales e interactivos (poco de esto hay por ahora), hace de la lectura algo bastante más fragmentado, ya que se entreteje con otras múltiples tareas.

A pesar de que tal vez aun no sea un tipo de soporte óptimo, la fuerte presencia del móvil en nuestras sociedades (ya lo decíamos al citar los trabajos de Amparo Lasén), se convierte en un soporte quizá no idóneo en lecturas continuadas pero sí muy empleado para las esporádicas. De hecho, un estudio de la UNESCO titulado *Reading in the Mobile Era* (2014) señala a los móviles como un posible gran actor a la hora de llevar a zonas históricamente excluidas los contenidos escritos de forma efectiva y barata, por el mero hecho de que hay 6.000 millones de personas en el planeta que cuentan con la posibilidad consultar un teléfono móvil, pero al tiempo también se señalan algunas carencias en el programa como el habitual sesgo de género o la conciencia de que la alfabetización no sólo supone disponer de la tecnología para acceder al contenido, sino también de contar recursos para poder realizar una recepción crítica y provechosa.

Bien es cierto que aunque la lectura normalmente se asocie a unas pautas concretas, la desviación de esa normalidad y las nuevas formas de ponerla en práctica no deben ser desacreditadas, o al menos ese dista mucho de ser nuestro propósito. Leer un libro en un entorno digital en el que se pueden consultar las redes sociales, jugar o chatear, donde saltan notificaciones cada poco tiempo o donde se tiene acceso a la inmensidad de la red, se aleja bastante de esa clásica atmósfera centrada en el texto, reflexiva y de actitud sumida y entregada a la tarea concreta, pero pone en marcha nuevos modos de practicar la lectura no menos legítimos, aunque sí más dispersos. La cuestión se puede resumir en una idea sencilla: si en un espacio público vemos a alguien con un Kindle u otro modelo similar, normalmente pensaremos de esa persona que es un lector o una lectora, mientras que si la vemos con una tablet o un teléfono inteligente, no llegaremos seguramente a la misma conclusión.

¿Pierde el libro su condición de unidad de lectura?

Es precisamente esto que acabamos de explicar lo que nos da una idea de las similitudes entre la tinta electrónica y el libro tradicional, a diferencia de otros tipos de dispositivos electrónicos, pero a la vez revela otra cuestión básica que muchas veces pasamos por alto: cuando hablamos de los lectores, nos referimos particularmente a personas que leen libros. La lectura es una competencia técnica que se inculca, desde hace décadas, de forma institucionalizada y sistemática en las democracias liberales pero también en otros marcos más o menos burocratizados, muchas veces sirviendo como indicador del desarrollo educativo de un país o región. La práctica está revestida en los discursos hegemónicos, por lo general, de una serie de valores que nos invitan a pensar en ella como algo enriquecedor y necesario para alimentar nuestros valores como sociedad, así pues, el hecho de que cada vez "se lea menos", suele analizarse como algo preocupante, algo así como un síntoma de decadencia (Chartier, 2001).

Sin embargo, hay otra faceta quizá menos considerada de la lectura, pero sin duda también extendida y tiene que ver sencillamente con poder recibir instrucciones a través de comunicaciones escritas. En nuestras sociedades predominan situaciones en la que se nos transmite información a través de texto con la que debemos funcionar a diario. No sólo eso, existen circunstancias en las que leemos, quizá de manera más afín a la lectura de libros, pero sin que ello alcance la cualidad de lector, simplemente porque los géneros o los formatos no son tan legítimos como pueda resultar un libro impreso. En definitiva, existen

muchos tipos de lectura aunque una modalidad ha conseguido dotarse de ese manto de connotaciones positivas, mientras que las demás, por rutinarias o por generalizadas, no resultan tan excepcionales.

El desarrollo de un concepto como el de libro electrónico, ha puesto sobre la mesa ciertas complejidades que no deben obviarse. Desde su propia concepción legal, en el marco de la política española, ya se puede apreciar una apertura de miras en la Ley del Libro y las Bibliotecas de 2007, donde comienzan a aceptarse nuevas variantes del libro, para dar cabida así a los formatos electrónicos. Este paso dentro de nuestro país tiene repercusiones tanto en términos cuantitativos como cualitativos: lo primero es que la cantidad de libros inscritos en el ISBN asciende de manera notable en los años 2008 y 2009; lo segundo es que determinados objetos que antes no entraban en la categoría de libro, ahora sí lo hacen.

Aún así, los límites que impone la propia ley evidencian las dificultades a la hora de tratar de encerrar realidades cambiantes bajo reglas con una capacidad de actualización limitada. La ley del libro de 2007 trabaja a partir de unas circunstancias que comienzan a cobrar forma, pero que aún no aparecen definidas de modo preciso. En 2007 el Kindle es un dispositivo para *early adopters* (usuarios de vanguardia) y aún no se han generado pautas sociales en torno al libro electrónico. Además, de forma un tanto injustificada, se quedan fuera de los supuestos que la ley dispone otro tipo de textos que perfectamente podrían haber entrado; por ejemplo, como señala Joaquín Rodríguez, "una obra colaborativa en línea que no tiene fijación en papel y de la que no cabe decir, propiamente, que forma una publicación unitaria porque se expande inacabablemente por medio de hiperenlaces (2007: pág. 87).

Así pues, se puede intuir la necesidad de, al menos, considerar una reasignación de límites y una rearticulación en las relaciones entre el libro tradicional y los nuevos contenidos que proporciona Internet, más aún si tenemos en cuenta que dispositivos como el Kindle o como el iPad hacen de la conectividad a la red una de sus cualidades fundamentales, consiguiendo que cualquier texto que encontremos online sea potencialmente legible en el mismo aparato en el que leemos libros electrónicos. Ciertamente es que la idea tradicional de libro que manejábamos venía limitada por sus propios rasgos físicos, una portada y una contraportada que encerraban la obra dándole una apariencia de unidad. No obstante las intertextualidades, las referencias a otros libros o acontecimientos o la inspiración en ellos nunca ha dejado de estar presente, ya se hiciera la posible por visibilizarlos o por todo lo contrario.

En esta línea, Bruno Latour (en Selgas y Monleón, 1999) nos explica por qué los libros y las bibliotecas ya muestran una estructura reticular desde mucho antes de que los textos sufrieran la reconversión electrónica, a pesar de que la razón ignorara a menudo las trazas

entre tales textos y sus referencias, más o menos ocultas. Igualmente, George P. Langdow (2009) explica que el aparentemente nuevo carácter digital del texto viene a visibilizar algo que permanece latente en los escritos impresos y que algunos teóricos postestructuralistas se han esforzado en señalar. A este respecto, Langdow sostiene que debemos poner bajo sospecha aquello que veíamos y definíamos como libro: un objeto lineal, de una sola lectura posible (de principio a fin), perfectamente acabado, sin ramificaciones que excedan sus fronteras físicas o sin acaso contar con una cantidad incalculable de mediadores -internos y externos al contenido.

Al hecho de que los contenidos de la red cobren algunas de las propiedades libro han contribuido también determinadas aplicaciones o herramientas digitales ampliamente utilizadas por los usuarios hoy en día. Evernote, Pocket, Dropbox, Calibre, o algunos navegadores entre lo cuales tal vez cabe destacar Safari. Estos servicios no sólo consiguen que los contenidos de la web aparezcan en negro sobre blanco, limpiando las distracciones que molesten a una lectura concentrada. También pueden servir de traducción entre plataformas. Nos interesa señalar su condición de mediación y remediación, concepto del cual nos habla Amparo Lasén (2012) a partir de los trabajos de Bolter y Grusin (1998). No es sólo que un texto impreso haya cambiado y se presente en soporte digital, es que los usuarios cuentan a su vez con otras mediaciones para aproximarse a las obras y darle nuevas apariencias, eliminar restricciones, añadir metadatos, corregir, subrayar e incluso para compartir después tales ediciones.

Aún así, no son sólo los contenidos de la web los que se entretajan con el libro tradicional, también muchas conversaciones cotidianas, tanto en las llamadas redes sociales como aquellas que se generan gracias a los servicios de mensajería. La mayoría de las conversaciones que podamos mantener a través de nuestro teléfono o tableta serán seguramente circunstanciales y es posible que no volvamos a leerlas, sin embargo, en ocasiones nos vemos revisando una y otra vez alguna charla que cobró especial significación por el motivo que fuera. Una posible prueba del peso que a veces tienen estas comunicaciones textuales es la existencia de una empresa que se dedica a imprimir libros con conversaciones de WhatsApp, llamada *Tiny Books*.

Como observa Bob Young, fundador de Lulu y Red Hat, al hablar de su servicio de autoedición, no es que ellos pongan en el mercado libros de interés general, sino muy particular y restringido, pero eso tampoco significa que los libros sean malos. Por el contrario, la idea consiste en darle la vuelta a un modelo editorial bajo el cual es mejor tener unos pocos autores que vendan mucho y presentar un panorama en el que muchos autores venden un poco. Se trata, en ese sentido, de acercar la cultura del libro al usuario no sólo

desde el punto de vista de la lectura o el comentario sin mayor trascendencia, sino también del de la escritura, la edición, la maquetación, o el subtexto de los metadatos. Este esquema se enfrenta de forma diametral con el planteamiento de ciertos sectores de la industria en los cuales se sostiene que las herramientas digitales son ideales para mejorar el negocio de la venta impresa, aunque no reparan en las utilidades que los usuarios pueden desarrollar a partir de esas tecnologías.

Tal idea viene más extensamente argumentada en el libro *Books in the Digital Age* de John B. Thompson (2005). Una figura reconocida de la sociología aborda el universo de la digitalización de los libros para concluir que la verdadera revolución es invisible y silenciosa; y se encuentra principalmente en la flexibilidad que aportan las nuevas tecnologías al ámbito de la producción y la distribución. Ésta es quizá una forma de seguir concediendo peso al libro en papel dentro de nuestros hábitos lectores, pero seguramente no la más apropiada, ya que la convivencia que dibuja Thompson despoja a los lectores, y usuarios en general, de toda posibilidad de influencia en esa "revolución" al hacerla caer exclusivamente del lado de la industria. El alcance de determinadas herramientas respecto al público lector y el movimiento que se forma en torno a la edición y al enriquecimiento en Internet de la obras a través de procesos colaborativos, sin embargo, muestra una situación muy diferente.

Conclusiones

Desde una postura escéptica con los "nuevos" medios, se ha tratado en ocasiones de ensalzar la figura del libro planteando la cuestión como un enfrentamiento entre la profundidad de la palabra escrita frente a lo superficial de la imagen. La atribución de un carácter predominantemente virtual y simulado a los artefactos con pantalla, al tiempo, tiende a estigmatizar a ciertos soportes por proporcionar al usuario experiencias aisladas de la realidad capaces incluso de difuminar las referencias que permiten funcionar de una forma medianamente orientada en nuestras sociedades. Sin embargo, una vez desplegados los entornos digitales de manera bastante generalizada, podemos apreciar cómo lo textual tal vez convive de forma más frecuente con lo visual, pero en absoluto ha perdido peso en nuestros hábitos cotidianos, antes todo lo contrario: la producción y la recepción de mensajes y contenidos escritos posiblemente se ha multiplicado en los últimos años.

Desde nuestro punto de vista, lo más interesante en este contexto cambiante es, por un lado, cómo el libro o sus cualidades y funciones habituales comienzan a entretorse con

contenidos que tal vez no fueron ideados como un libro pero que acaban siendo "librifificados" y, por otro, cómo los usuarios comienzan a entrar en contacto y a utilizar de forma rutinaria tecnologías y aplicaciones que les acercan a los procesos de edición, entrando a participar en ocasiones en cadenas informales donde trabajan sobre un texto base para mejorarlo o para ponerlo al alcance de otros usuarios. Del mismo modo, este bucle revela ciertos aspectos del libro y de la posición social que ha ido cobrando con el paso del tiempo, por ejemplo, se ha convertido en una unidad de lectura, tendiendo a desdibujar otras modalidades de la práctica no ajustadas al formato y que a su vez hacen que su incorporación a la cultura más tradicional del libro resulte problemática. En este sentido, la Ley del Libro y las Bibliotecas de 2007 es digna de mención.

Así pues, presentando primeramente el debate en torno a la imprenta como el típico caso en el que se utiliza una explicación determinista donde una tecnología concreta aparece rompiendo los esquemas sociales más básicos, y contando con el "privilegio" que supone estar asistiendo en estos momentos a una situación medianamente similar en la cual las prácticas en torno a los contenidos digitales están (llevan un tiempo) despegando, nuestro objetivo es defender la introducción en el análisis de pequeñas modificaciones en las rutinas y en los hábitos de los usuarios a la vez que en las tecnologías a su alcance, que ellos mismos ayudan a desarrollar, para tratar de centrar la cuestión no sólo en una única Gran Tecnología definitiva y transformadora, sino en múltiples actuaciones y prácticas sujetas a necesidades y contextos concretos que producen y reproducen constantemente lo tecnológico y lo social de forma confluyente e indiferenciada.

Desde el punto de vista de la industria o de las administraciones públicas, los cambios no provocan una actividad menor, la ley previamente mencionada o las pautas marcadas con dispositivos como el iPad o el Kindle lo demuestran. Sin embargo, quizá hemos preferido potenciar en este artículo la posición del usuario, dado que normalmente, creemos, éste tiende a quedar fuera del debate mediático siendo identificado o bien como un elemento disfuncional, el pirata que copia los libros y destruye el ciclo comercial "normal", o bien un como un mero elemento pasivo de la ecuación, el público que acatará los designios de las editoriales y sus acuerdos con fabricantes de dispositivos de lectura y esperará a ver, finalmente, qué ocurre con el libro electrónico sin mostrar intención alguna de participar en el proceso.

Referencias

- BOLTER, J. D. y GRUSIN, R. (1998). *Remediation: Understanding New Media*. Massachusetts: The MIT Press.
- BRIGGS, A. y BURKE, P. (2002). *De Gutenberg a Internet: Una historia social de los medios de comunicación*. Madrid: Taurus. (Edición original 2002).
- CHARTIER, R. (2001). ¿Muerte o transfiguración del lector? *Revista de Occidente*, 239, 72-86.
- ECO, U. (2006). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Tusquets. (Edición original 1964)
- EISENSTEIN, E. (1994). *La revolución de la Imprenta en la Edad Moderna europea*. Madrid: Akal. (Edición original 1983).
- EISENSTEIN, E. (2010). *La imprenta como agente de cambio: Comunicación y transformaciones culturales en la Europa moderna temprana*. México: FCE. (Edición original 1979).
- FEDERACIÓN DE GREMIOS DE EDITORES DE ESPAÑA (2000-2012). *Hábitos de lectura y compra de libros en España* [En Línea]. Disponible en: <<http://www.federacioneditores.org>> [2015, 19 de febrero].
- FINKELSTEIN, D & McCLEERY, A. (comp.) (2002). *The Book History Reader*. London & New York: Routledge.
- HILLESUND, T. (2007, septiembre). Reading Books in the Digital Age subsequent to Amazon, Google and the long Tail. *First Monday* [En línea], Vol. 12 (9-3). Disponible en: <<http://firstmonday.org>> [2015, 9 de julio].
- JEFATURA DE ESTADO EN ESPAÑA (2007, 22 de junio). *Ley de la lectura, del libro y de las bibliotecas*. En BOE, 12351 [En línea]. Disponible en: <<http://www.boe.es/>> [2015,19 de febrero].
- JOHNS, A. (2002). How to acknowledge a revolution. *The American Historical Review*,107 (1), 106-125.
- JOHNS, A. (2009). *The intellectual property wars from Gutenberg to Gates*. Chicago y Londres: University of Chicago Press.
- LANDOW, G. P. (2009). Hipertexto 3.0. Teoría crítica y nuevos medios en la época de la globalización. Barcelona: Paidós. (Edición original 2006)
- LASÉN, A. (2006). Lo social como movilidad: Usos y presencias del teléfono móvil. *Política y Sociedad*, 42 (2), 152-157.

-
- LASÉN, A. (2012). Autofotos. Subjetividades y medios sociales. En N. García-Canclini y F. Cruces, *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales. Prácticas emergentes en las artes, el campo editorial y la música* (pp. 243-262). Madrid: Ariel.
- LASH, S. y URRY, J. (1994). *Economías de Signos y Espacio: Sobre el capitalismo de la posorganización*. Buenos Aires: Amorrortu. (Edición original 1994)
- LATOUR, B (1999). Esas redes que la razón ignora: laboratorios, bibliotecas y colecciones. En: J. F. García Selgas y J. B. Monleón, *Retos de la posmodernidad. Ciencias Sociales y Humanas* (pp. 161-183). Madrid: Trotta.
- LAUGÉE, F. (2010, 21 de diciembre). *Portrait des cyber-pirates du livre* [En línea]. Disponible en:
<<http://la-rem.eu/>> [2015, 19 de febrero].
- LEBERT, M. (2009). *Una corta historia del ebook*, [En línea]. Disponible en
<<http://www.gutenberg.org/>> [2015, 9 de julio].
- NEGROPONTE, N. (2000). *El mundo digital: Un futuro que ya ha llegado*. Barcelona: Ediciones B. (Edición original 1995).
- NUNBERG, G. (Comp.) (1996). *The future of the book*. Berkley y Los Angeles: University of California.
- RODRÍGUEZ, J. (2007). *Edición 2.0: Los futuros del libro*. Barcelona: Melusina.
- SARTORI, G. (2005). *Homo Videns: La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus. (Edición original 1997).
- STEPHENSON, N. (2003). *En el principio fue la línea de comandos*. Madrid: Traficantes de Sueños. (Edición Original 1999).
- THOMPSON, J. B. (2005). *Books in the digital age*. Cambridge: Polity Press.
- UNESCO (2014) *Reading in the mobile era: A study of mobile reading in developing countries*, [En línea] . Disponible en
<<http://www.unesco.org/>> [2015, 19 de febrero].